

"Un día en mi vida post-pandemia"

Me desperté de inmediato al sentir las melodías de mi alarma. Luego de estirarme durante un breve momento, comencé a cambiar mis ropas para dormir, por una camisa manga corta y unos pantalones para dirigirme a mi trabajo. Si, yo, un chico de 17 años, trabajando. Decidí trabajar para comenzar a ganar dinero por mi cuenta y empezar a independizarme de mis padres (después de todo, dentro de unos meses cumpliré 18 años). Luego de desayunar y hacer lo necesario antes de retirarme, saludé a mi mamá y me dirigí hacia el Centro de Ayuda y Atención a Emergencias (CAEE), que es donde trabajo.

Después de permanecer encerrados durante dos años, en nuestro hogar (que vale aclarar, se sintió horrible), la humanidad finalmente logró superar tales circunstancias y pudimos regresar a una pseudonormalidad en la que tratamos de volver a como éramos antes. Por supuesto, esto último es imposible, ya que después de todo lo que sucedió, uno no puede volver a como lo era antes.

Una vez que llegué al centro, me dirigí hacia la secretaría para registrarme y comenzar mi jornada. Este es mi trabajo de medio tiempo, yo soy un ayudante, por lo tanto, hago una gran variedad de cosas aquí. Desde dar direcciones hasta brindarle una mano a algún médico que lo necesite, no hay un día aburrido en este lugar. Hoy, es un día especial, ya que celebramos un año, desde que se fundó el centro. Por eso, haremos una pequeña celebración para conmemorar tal evento.

Luego de registrarme, fui hacia la sala de descanso, que es donde guardo mi uniforme. Según Patri, la secretaria, yo tendría un día muy ocupado, ya que debería ayudar a descargar algunas cajas con medicamentos y otros materiales necesarios para el establecimiento. Además, me dijo que a las 11:30 horas, debía ayudar en la enfermería del centro, con los suministros de vacunas porque supuestamente están escaseando. Aparte de eso, debía llevar algunas mesas y sillas a la sala de conferencias N°3 para la fiesta. Basta decir, que al menos haría un poco de ejercicio, ya que el Centro es un edificio gigantesco, casi como un hospital.

En mi camino al recinto de descarga, me topé con Don Carlos, el dueño de la empresa de camiones que transportan los materiales y medicamentos que necesitamos.

- ¡Buenos días, Don Carlos! -le dije con ánimo.

- Buenos días, Martínez -me respondió con su típico tono de amargado.

- ¿Qué le pasó que está más gruñón que de costumbre? -le pregunté, con una mezcla de curiosidad y burla.

- ¡Ni me lo preguntes!, vengo renegando todo el día. Primero, se me rompió uno de los caños en casa, por lo tanto, no tenemos agua hasta que el plomero vaya a la tarde. Luego, mi auto se rompió y tuve que venir en colectivo hasta acá. ¡No hay manera de que esto empeore!

- Bueno, cálmese Don, "al mal tiempo, buena cara" ¿Nunca escuchó ese dicho?

- No me vengas con tonterías, chiquillo. -hice una mueca. Nunca me gustó que me digan "chiquillo"- Además, ¿Vos no deberías estar ayudándolos a los muchachos? Apúrate, que si no van a descargar todo ellos solos.

- Tiene razón, Don Carlos. Me despido entonces, que tenga un buen día.
- Gracias, pero no creo que tenga algo de “bueno” por ahora.

Después de hablar con el amargado de Don Carlos, me dirigí hacia la bahía de descarga y comencé a cargar las cajas que me daban hasta el almacén del centro. Algunas cajas eran pesadas pero, yo podía soportarlo. Nunca fui alguien muy definido físicamente, pero me gusta pensar que este tipo de trabajos se vuelven rutinas de ejercicio, y eso me mantiene motivado para seguir haciéndolo.

Cuando finalmente, dejé la última caja en el almacén, me fijé en mi reloj de mano, y pude ver que eran las 9:35 horas. Al darme cuenta de eso, decidí en irme a la sala de descanso para revisar unos apuntes y tareas que nos dieron en el colegio. Como ya había mencionado antes, este es mi trabajo de medio tiempo. Yo, trabajo aquí por la mañana, luego almuerzo y me preparo para ir a mi colegio. Ahora mismo, estoy cursando mi último año, y luego planeo estudiar algo relacionado con el uso de computadoras, ya que siempre me han fascinado. Al llegar a la sala de descanso, me encontré a Martín Carranza, otro ayudante en el centro y con el que mejor me llevo aquí.

- ¡Pero miren quién llegó! ¡El señor dejó solo a su amigo cuando más lo necesita! -me saludó con falso enojo.

- ¡Qué resentido que sos!...Y ya te dije que me tenía que ir urgentemente ese día, ¡Y encima te pedí disculpas! -le respondí.

- Bueno, bueno. Dejando eso de lado, ¿Cómo andas? Escuché que hoy no vas a ir a la fiesta del aniversario. ¿Es por el difícil examen del que me venías hablando? -me cuestionó, haciendo énfasis en la palabra “difícil”.

Sí, es una pena que no puedas asistir, pero el examen es muy importante y encima lo hacen una hora después de que las clases terminen. Ahora, si no te molesta, voy a hacer algunas tareas que me quedaron pendientes.

- No, no hay problema. Haz tus tareas tranquilo, que yo ahora me tengo que ir a ayudar a Silvia con unas cositas -le dije- Hasta luego.

- Nos vemos.

Cuando Martín se fue, saqué de mi mochila mi carpeta, una lapicera y mi celular junto a mis audífonos para reproducir música, mientras hacía mis tareas. Antes de empezar, sin embargo, me fijé en el reloj de mi teléfono para saber qué hora era. No quería pasarme toda la mañana haciendo tareas, después de todo debía ayudar a las enfermeras a las 11:30.

El tiempo pasa rápido cuando uno está distraído, eso lo aprendí de chiquito. Siempre me preguntaba cómo podía ser que cuando me divertía el tiempo pasara volando, pero cuando estaba aburrido los minutos se hacían horas y las horas, milenios. Me doy cuenta ahora, que el tiempo es mucho más valioso que cualquier gema o metal precioso; que el tiempo es irrecuperable, y que uno lo pierde con facilidad. El tiempo, su pasar es simultáneamente lo más amado y lo más odiado. Uno tiene que estar siempre atento al tiempo, porque cuando uno se distrae, el tiempo se le escapa y...Salí de mis pensamientos cuando sentí el silencio a mi alrededor. La última canción de mi playlist había terminado de reproducirse y luego me di cuenta que había finalizado con todas mis tareas. Apenas asimilé eso, rápidamente me fijé en el reloj y marcaban las 11:20.

Inmediatamente, guardé todo en la mochila y salí corriendo hasta la enfermería del centro.

Cuando llegué finalmente, le pregunté a Silvia, una de las enfermeras, si necesitaba ayuda en algo. Ella me indicó que debía permanecer atento ante la posibilidad de que se necesitaran más vacunas o medicamentos del almacén. Me quedé ahí, sentado en una silla, por un buen rato, hasta que un enfermero se me acercó.

- Buenos días -me dijo el enfermero- ¿Podría traer una caja de vacunas para la gripe? Y, si no es una molestia, dos cajas de paracetamol, por favor.
- No hay problema, los traigo enseguida.
- Muchas gracias.

Tan rápido como pude, fui corriendo hasta el almacén. Una vez allí, busqué entre las repisas las cajas con el nombre de “Vac. Gripe” y “Paracetamol”, hasta que eventualmente los encontré y agarré la cantidad que me pidieron.

En mi camino de vuelta, me encontré con un señor, de edad avanzada, de aproximadamente unos ochenta años, que miraba a través de una ventana, que mostraba la entrada al centro. Como el curioso que soy, fui a preguntarle qué era lo que veía.

- Disculpe señor, pero no podía evitar preguntarle: ¿Qué es lo que está viendo? -al sentir que le hablaba, el señor se dio vuelta y me miró sonriendo.
- Sólo veía a las personas de afuera entrar al centro –me respondió con un tono parecido al de un abuelo hablándole a su nieto- Me pone feliz el que la gente disfrute de este lugar. Siempre tuve eso en mente cuando lo mandé a construir.
- ¿Usted construyó el centro? -le pregunté, asombrado.
- No necesariamente construirlo, pero digamos que yo fui el que tuvo la idea –me dijo con una sonrisa.
- Bueno, fue un gusto conocerlo, señor...
- Antonio –me interrumpió- Me llamo Antonio.
- Un gusto conocerlo señor Antonio, pero lamentablemente tengo que dejar estas cajas en la enfermería. Debo ir con urgencia. Nos vemos.
- Nos vemos joven –me saludó.

Luego de esa charla con el fundador del centro, me dirigí con prisa a la enfermería. Una vez que llegué ahí, dejé todo lo que se me pidió, y me fui hacia la sala de descanso para comenzar a mover las mesas y sillas necesarias para la fiesta. Al llegar, me lo encontré a Martín y le dije que me ayudase a llevar algunas mesas. Él, aceptó y los dos llevamos las tres mesas desde la sala de descanso hasta la sala de conferencias N° 3. Luego, llevamos las sillas y con eso, ya había terminado todo lo importante. Obviamente, yo me debía quedar hasta las 12:30, que es cuando mi turno termina. Pero, hasta que llegase la hora, me quedé atento por si alguien necesitaba ayuda.

Mientras esperaba a que llegue la hora de irme, pude escuchar cómo me llamaban desde el final del pasillo.

- ¡Tomás! -me llamaba Jorge, el supervisor del almacén.
- ¿Qué sucede Jorge? -le pregunté, confundido.
- ¿Podrías hacerme un pequeño favor?

- Sí, ¿qué pasa?

- Necesito que vayas corriendo al área de descarga y le des este papel a Don Carlos. Ahí, está el pedido de suministros para la semana que viene y yo me olvidé de dárselo -me dijo, un poco alterado.

- Ok, no te preocupes que ya se lo doy.

- Muchas gracias, Tomás -me dijo visiblemente relajado.

Rápidamente, y sin perder ni un segundo, recibí el listado de suministros y fui corriendo lo más rápido que pude hasta el área de descarga y cuando llegué, pude ver a Don Carlos a punto de subirse en uno de los camiones transportadores.

- ¡¡DON CARLOS!! -grité bien fuerte para que lograra escucharme.

- ¿Qué pasa Martínez? ¡No grite tanto! -me respondió, irónicamente gritando.

- Disculpe, señor -dije mientras recuperaba el aire- Es que...Jorge se olvidó de...darle el listado para la próxima semana.

- Bueno, muchas gracias, pero para la próxima que me lo de él, y con tiempo -dijo, bastante irritado.

- Eso es todo, don. Tenga un buen día -me despedí.

- Hasta luego -me saludó Don Carlos.

Luego de eso, caminé con tranquilidad a la sala de descanso, todavía recuperando el aire. Lo dije antes y lo vuelvo a decir ahora, nunca fui del tipo atlético. Siempre me canso muy rápido y suelo perder el aliento cuando corro durante un tiempo prolongado. Una vez que llegué a la sala de descanso, me puse a ver mi celular para al menos hacer algo en lo que esperaba para irme.

Eventualmente, dieron las doce y media, y entonces me dirigí a la entrada del centro para registrar mi salida. Llegué, le dije a Patri que ya me retiraba y ella me saludó y me deseó suerte en el examen.

Cuando llegué a casa, saludé a mi madre y me fui a cambiar por mis ropas del colegio. Mientras terminaba de acomodar mi corbata, pude escuchar la puerta abrirse e inmediatamente supe que se trataba de papá, entrando a la casa. Luego de vestirme, fui al comedor para sentarme y comer con mis padres.

En el transcurso del almuerzo, me hicieron las típicas preguntas que siempre hacen cuando estamos comiendo: “¿Cómo te fue hoy?”, “¿Qué hiciste?”, “¿Hiciste tus tareas?”, etc. Una vez terminé de comer, pedí permiso y me levanté de la mesa para dejar mi plato y cubiertos en la cocina. Después, tomé mi mochila, me despedí de papá y mamá, mientras ellos me deseaban suerte con mi examen y, finalmente, salí de casa en dirección a mi escuela.

Mientras caminaba hasta la parada del colectivo, no pude evitar pensar en cómo pudimos sobrepasar aquellos años tan distópicos y oscuros como lo fueron el 2020 y los años actuales. Yo, me encontraba contemplando la idea de que, quizás, las cosas pudieron haber ido mucho mejor o quizás pudieron haber ido mucho peor. Nunca lo sabré.

Lo que sí sé, sin embargo, es que se debe aprovechar el tiempo que tenemos, de otra manera nos estaremos arrepintiendo de no haberlo usado correctamente. A veces, yo mismo pienso que pude haber usado mi tiempo en cosas mejores, o que pude haberlo usado mejor. Pero luego recuerdo que en la vida no existe el hubiera, y que no sirve arrepentirse de cosas pasadas. Lo único que nos

queda, es seguir adelante.

Y, con ese pensamiento, me subí al colectivo que me dejaría cerca del colegio al que voy. Tan sólo espero no equivocarme en el examen.

Máximo Galliano